Una gran casa

Nicolas Simon

Descargar libro ...

Table of Contents

1. Descargo de responsabilidad
2. Una gran casa
3. Notas

Descargo de responsabilidad

Traducción automática. Microsoft Azure Cognitive Services 2023. Bienvenidas tus correcciones.

Volver arriba

Una gran casa

Introducción
Cuando Zorobabel regresó a Jerusalén del cautiverio babilónico, fue para restaurar la Casa de Dios (Esdras 1:1; 3:1). La escena que lo recibió al llegar fue la de la ruina; ni siquiera los cimientos del templo permanecieron intactos (Esdras 3:10). Nehemías, a su regreso a esa ciudad unos 90 años después, también se enfrentó a la ruina. En la tercera noche, después de llegar, Nehemías llevó a algunos hombres con él para examinar el estado de las murallas de la ciudad. Uno puede imaginar su intento de circunnavegar Jerusalén a la luz del cielo nocturno. En su camino yacían enormes piedras donde habían caído unos 130 años antes. Nehemías cabalgó sobre una bestia, tal vez un o un, mientras que otros caminaban a su lado (Neh. 2:12). Tal vez algunos llevaban linternas, pero independientemente, independientemente de la luz que hubiera, sirvió para resaltar la condición arruinada de esa gran ciudad. Jerusalén—Monte Moriah donde Abraham ofreció a Isaac (2 Crón. 3:1); un sitio elegido por encima de todos los demás (Psa. 78:68\u001e69); el lugar donde Jehová Dios había puesto Su nombre (Deuteronomio 12:5); la ubicación del glorioso templo de Salomón (1 Reyes 8:29), una ciudad tan rica en historia y significado divino, ahora yacía en ruinas. No nos extraña que Nehemías llorara al informar de ello (Neh. 1:34).
La escena que saludó a los exiliados que regresaban es una que podemos imaginar fácilmente. Y, sin embargo, si uno dijera que esta era una descripción adecuada de la condición actual de la iglesia, en cuanto a su testimonio externo, ¿cómo responderíamos? Desde que la verdad de la ruina fue presentada por la Palabra de Dios hace unos 175 años, ha sido rechazada casi universalmente. De hecho, la actitud característica de este día está representada por Laodicea en el libro del Apocalipsis: “Soy rico, y he crecido con bienes, y no tengo necesidad de nada” (Ap 3:17). Dios, sin embargo, es fiel en su descripción de nuestra verdadera condición: “No sabes que eres miserable, miserable, pobre, ciego y desnudo” (Apocalipsis 3:17).
En este breve folleto es mi deseo examinar la ruina del testimonio cristiano a la luz de la Escritura, tanto en cuanto a la verdad de la misma como a nuestra conducta en relación con ella. Deseo que el enfoque sea estrecho: la evidencia bíblica de la ruina; su naturaleza y persistencia hasta la venida de Dios en juicio; nuestro caminar en obediencia a la Palabra de Dios, separados del mal, y en comunión con otros individuos ejercitados de acuerdo con el poder y la unidad del Espíritu Santo. No es mi intención abordar los detalles prácticos de la verdad de la asamblea; Esto es cubierto admirablemente por otros en otros lugares.
La Iglesia de Dios
Antes de comenzar nuestro tema, debemos tener una comprensión sólida y bíblica de la iglesia de Dios. La iglesia se formó en el día de Pentecostés cuando el Espíritu Santo bautizó a los primeros creyentes en un nuevo cuerpo, este fue el día de su

incorporación (1 Corintios 12:13; Hechos 2:13; 11:15\u001e16). Aunque Jesús está ausente de esta tierra, su iglesia permanece. La Escritura usa la figura de un cuerpo humano: la cabeza es Cristo en el cielo y la iglesia es su cuerpo en la tierra. “Él [Cristo] es la cabeza del cuerpo, la iglesia” (Colosenses 1:18). No hay una pluralidad de cuerpos; el Espíritu Santo no bautizó a esos primeros creyentes en múltiples cuerpos: “Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu” (Efesios 4:4). Vemos cuán cuidadosamente el Espíritu Santo mantiene esta unidad a lo largo del libro de Hechos, el único relato histórico de la iglesia primitiva que Dios nos dio. Los primeros creyentes eran judíos, y fueron formados en un solo cuerpo en Pentecostés (Hechos 2). Luego vemos a los creyentes samaritanos agregados a ese mismo cuerpo. Es notable que los apóstoles Pedro y Juan impusieron las manos sobre ellos antes de que el Espíritu Santo cayera sobre ellos (Hechos 8). Históricamente, los judíos odiaban a los samaritanos, pero no habría una iglesia samaritana separada. Finalmente, los gentiles (representados por Cornelio, el italiano) son traídos al cuerpo, esta vez sin intervención de Pedro (Hechos 1011). El gentil fue traído solo por la acción del Espíritu Santo (Hechos 11:1516). El judío no podía reclamar la supremacía en la iglesia de Dios. De hecho, “No hay judío ni griego... porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28). Cristo es la cabeza de la iglesia, y Él está solo (Efesios 5:23). El cuerpo es obra de Dios; El hombre no lo formó, ni lo mantiene; hay un solo cuerpo. Cada verdadero creyente, habitado por el Espíritu de Dios, es un miembro del cuerpo de Cristo, la única membresía de la iglesia de la cual habla la Escritura. No obstante, la iglesia debe expresar en la práctica lo que es verdad de hecho. “No debe haber cisma en el cuerpo” (1 Corintios 12:25). En breve se dirá más al respecto.

Antes de dejar el tema de la iglesia, tal como figura el cuerpo de Cristo, es necesario enfatizar que no había equivalente en los tiempos del Antiguo Testamento. Israel era una familia terrenal unida por lazos de sangre. Como compañía, eran una mezcla de creyentes e incrédulos, aunque algunos poseían fe en Dios, muchos no la poseían (Heb. 4:2). Una unión, por lo tanto, de esta naturaleza con Jehová Dios era una imposibilidad. La iglesia es un cuerpo nuevo, formado por el Espíritu Santo, y compuesto de creyentes judíos y gentiles (Efesios 2:15; 1 Corintios 10:32). Aunque encontramos tipos en el Antiguo Testamento, que prefiguran a Cristo y a la iglesia, ninguno nos da un solo cuerpo. Supusir, por lo tanto, que la iglesia es una consecuencia de Israel es fundamentalmente defectuoso y un error muy grave.

La Casa de Dios

La Palabra de Dios también presenta a la iglesia bajo una figura diferente, como un edificio: la casa de Dios. Cuando se trata de la casa de Dios, hay un continuo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Dios habitó entre su pueblo Israel, y el lugar de su morada (ya sea el tabernáculo o el templo) fue llamado la casa de Dios: “Entonces subieron todos los hijos de Israel, y todo el pueblo, y vinieron a la casa de Dios, y lloraron, y se sentaron allí delante del Señor” (Jueces 20:26). Mientras que estos eran edificios físicos, establecidos en una ubicación geográfica, la iglesia es un edificio espiritual: “ustedes mismos, como piedras vivas, están siendo edificados como una casa espiritual” (1 Pedro 2:5 JND). Todavía hay un fundamento y piedras, pero no de esta tierra. “Ye ... están edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Jesucristo mismo la principal piedra del ángulo” (Efesios 2:20). Al escribir su epístola, Pedro sin duda recordó las palabras del Señor: “Que tú eres Pedro [piedra], y sobre esta roca edificaré mi iglesia” (Mateo 16:18). La iglesia es ahora la casa de Dios. Es la morada de Dios en la tierra para el tiempo presente y ella reemplaza a todas las demás moradas. “También vosotros sois edificados juntos para morada de Dios por medio del Espíritu” (Efesios 2:22). También notamos que el apóstol Pablo se refiere a la iglesia como el templo de Dios: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” (1 Corintios 3:16). El mismo edificio está a la vista, pero con esta expresión se enfatiza la santidad de Dios.

No fue hasta que los hijos de Israel fueron redimidos de Egipto que pensamos en Dios morando entre ellos (Éxodo 15:17). Era necesario que fueran liberados de ese país idólatra y de su príncipe. En el desierto, en el Monte Sinaí, Dios le dio a Moisés el plano para el tabernáculo, un modelo del que no debían desviarse (Éxodo 25:40;

Hebreos 8:5). Aunque construidos por hombres, su habilidad fue dada por Dios a través de Su Espíritu (Éxodo 31:23). El ingenio humano no jugó ningún papel en su construcción. Todas estas cosas presagiaban lo que estaba por venir. “Por lo tanto, el primer [pacto] también tenía ordenanzas de servicio, y el santuario, uno mundano. ... que es una imagen para el tiempo presente” (Heb. 9:1, 9 JND). Estos principios, recogidos del Antiguo Testamento, son útiles en nuestra comprensión del Nuevo. A lo largo del libro de Hebreos, el apóstol contrasta la figura terrenal del tabernáculo con la realidad presente que tenemos en el cristianismo.

Al considerar a la iglesia como la casa de Dios, debemos distinguir, como lo hace la Escritura, entre el edificio que Dios está formando (que finalmente se verá en toda su perfección y belleza), y el testimonio actual de la iglesia aquí en la tierra, lo que vemos actualmente. En cuanto a lo primero, leemos: “Edificado sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Jesucristo mismo la principal piedra del ángulo; en quien todo el edificio bien enmarcado crece hasta un templo santo en el Señor” (Efesios 2:2021). Este edificio es perfecto. Es de este edificio que Cristo habló a sus discípulos: “Sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella” (Mateo 16:18). Cristo no es sólo el fundamento y la principal piedra del ángulo, sino que también es el constructor. Nada contrario será añadido a la edificación de Dios. Vemos ese edificio en su esplendor celestial al final de Apocalipsis: “Ven aquí, te mostraré a la novia, la esposa del Cordero. Y me llevó en espíritu a un monte grande y alto, y me mostró esa gran ciudad, la santa Jerusalén, que descendía del cielo de Dios” (Apocalipsis 21:910).

En contraste con este edificio perfecto, el apóstol Pablo nos presenta otra perspectiva: “Según la gracia de Dios que me es dada, como sabio maestro constructor, he puesto el fundamento, y otro edifica sobre él. Pero que cada hombre preste atención a cómo edifica sobre ello. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Jesucristo. Ahora bien, si alguno edifica sobre este fundamento oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, rastrojo; la obra de todo hombre se manifestará” (1 Corintios 3:1113). Aunque la base sigue siendo segura, los hombres han agregado a este edificio materiales que son seriamente defectuosos. Al igual que con sus grandes catedrales, la cristiandad se ha convertido en un edificio impresionante, pero no según la Palabra de Dios. Se ha añadido mucho que Dios finalmente juzgará y destruirá.

Mientras que el cuerpo nos conecta con Cristo en los lugares celestiales, la casa, como la morada de Dios a través del Espíritu, está aquí en la tierra. Los creyentes, de cualquier tiempo, forman la casa de Dios (Efesios 2:22). Como tal, es el recipiente del testimonio actual de Dios a este mundo. Pedro describe nuestra función en esta casa espiritual, tanto hacia Dios (1 Pedro 2:5) como hacia el hombre. De este último dice: “Para que expongáis las excelencias de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9 JND). Hay una conducta adecuada a la casa de Dios, así como la había en el Antiguo Testamento. Pablo da instrucciones a Timoteo concerniente al comportamiento apropiado en la casa de Dios: “Estas cosas te escribo, esperando venir pronto a ti: Pero si me detengo mucho, para que sepas cómo debes comportarte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y fundamento de la verdad” (1 Timoteo 3:1415). La iglesia debe defender y mostrar las verdades del cristianismo.

Como algo comprometido con la responsabilidad del hombre, la casa de Dios está sujeta a juicio: “Ha llegado el tiempo en que el juicio debe comenzar en la casa de Dios” (1 Pedro 4:17). Cristo es Hijo sobre la casa de Dios (Heb. 3:6). Tenemos una responsabilidad en cuanto a la casa, no porque sea nuestra casa, sino más bien, porque la casa no es nuestra. Es a la autoridad de Cristo que debemos estar sujetos.

Una gran casa

Al mirar hacia atrás más de 2000 años de historia de la iglesia, nos preguntamos: ¿Cómo le ha ido a la iglesia? ¿Ha sido ella un testimonio del único cuerpo en la práctica? ¿Ha cumplido fielmente con sus responsabilidades en cuanto a la casa de Dios? Examinaremos, con cierta profundidad, lo que la Escritura tiene que decir en cuanto a estas dos preguntas. Sin embargo, si nuestros ojos se abren a la condición de las cosas, debemos confesar que la iglesia ha fracasado miserablemente. La iglesia no se ha representado fielmente a sí misma en este mundo; de hecho, el

fracaso entró muy temprano en su historia. La ruina de la iglesia es completa en este mundo moderno, con su multiplicidad de sectas y variedad de doctrinas.
Antes de continuar, será necesario tener claro a qué nos referimos cuando hablamos de la ruina. También es igual de necesario saber lo que no queremos decir. Algunos rechazan la expresión, la ruina de la iglesia, no tanto por lo que describe, sino más bien, por cómo se expresa. Por la ruina, nos referimos al testimonio de la iglesia en este mundo: lo que la gente ve y llama la iglesia; lo que profesa ser el cuerpo de Cristo. No nos referimos a lo que Dios está estableciendo, que es perfecto a sus ojos. J. N. Darby, a quien muchos se opusieron sobre este tema, escribió: En cierto sentido es imposible que la iglesia pueda ser arruinada; pero hay confusión en algunas mentes entre los propósitos de Dios y la dispensación presente en la que el hombre es puesto bajo responsabilidad. Al hablar de la ruina de la iglesia, hablamos de ella como aquí abajo, puesta para manifestar la gloria de Cristo en la unidad en la tierra, y debemos recordar que allí estamos colocados, y como en esta responsabilidad, allí debemos quedarnos.
Tómese un momento para considerar a la iglesia como el cuerpo de Cristo. Ese cuerpo es perfecto, indivisible, y Cristo es su cabeza. Y sin embargo, en la práctica, ¿ha representado esto la iglesia ante el mundo? ¿Ha honrado la iglesia la jefatura de Cristo? ¿Ha sido diligente la iglesia en mantener la unidad del Espíritu Santo en el vínculo unificador de la paz? (Efesios 4:3). Cuando Pablo escribe: “Para que no haya división en el cuerpo” (1 Corintios 12:25 JND), ¿no conlleva eso responsabilidad? Pablo tiene cuidado de decir cuerpo, no asamblea; esto último podría haber sido ambiguo si uno decidiera hacerlo así. No, es ese cuerpo del que habló antes: “Como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, y todos los miembros de ese cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo” (1 Corintios 12:12).
Anteriormente vimos que Pablo en su primera carta a Timoteo, su joven compañero y compañero de trabajo, dio instrucciones con respecto a la conducta adecuada a la casa de Dios (1 Timoteo 3:15). En esa carta, Timoteo fue dirigido a abordar los errores que estaban haciendo incursiones (1 Timoteo 1:34, etc.). Hubo una buena guerra y un ferviente esfuerzo en la buena batalla de la fe (1 Timoteo 1:18; 6:12). El carácter de la segunda carta de Pablo es sorprendentemente diferente. Pablo había peleado la buena batalla y su curso casi había terminado (2 Timoteo 4:7). Timoteo ahora necesitaba aliento (2 Timoteo 1:46); Estaba en peligro de ser sobreexcitado por las dificultades del día. Los balbuceos profanos conducían a una mayor impiedad; los maestros se habían desviado de la verdad, y la fe de algunos había sido derrocada (2 Timoteo 2:1618). Había una forma de piedad, pero su poder fue negado (2 Timoteo 3:5). La casa de Dios se había convertido en una gran casa que admitía doctrinas y personas que deshonraban a Dios: “En una gran casa no sólo hay vasijas de oro y de plata, sino también de madera y de tierra; y algunos para honrar, y otros para deshonrar” (2 Timoteo 2:20). No hay instrucciones ahora para purgar el error de la casa, sino, más bien, Timoteo debía purgarse de todo lo que era contrario a la sana doctrina y la piedad. No podemos dejar la casa de Dios, porque somos parte de ella; pero podemos encontrar un lugar tranquilo, por así decirlo, en la azotea en la presencia del Señor. “Es mejor habitar en un rincón de la azotea que con una mujer que pelea en una casa ancha” (Proverbios 21: 9).
El fracaso comenzó en el tiempo de los apóstoles, y lo documentaron como una advertencia y para nuestra instrucción. Tanto los apóstoles Pablo como Juan tuvieron que contrarrestar las falsas enseñanzas, mientras que algunos buscaban mezclar los principios legales y judaizantes con el evangelio (Gálatas), otros introducían las enseñanzas filosóficas y místicas de los gentiles (Colosenses, las epístolas de Juan). La mala doctrina conduce a una decadencia moral (1 Corintios 15:32). Los partidos y cismas creados por los falsos maestros resultaron en conflicto y, al final, división (1 Corintios 1:10; 11:18). Finalmente, la casa de Dios se convirtió en la morada de la verdad y el error, la realidad y la profesión, y una expresión práctica de la unidad del cuerpo de Cristo desapareció.
Al exponer la ruina inminente, los apóstoles no tenían la intención de desanimarnos; Tampoco escribieron para que tuviéramos una excusa, sino, más bien, para que pudiéramos tener dirección en un día malo. No nos corresponde a nosotros ocuparnos de debates religiosos vanos que fomentan la contención y las dudas (1 Timoteo 1:4; 2 Timoteo 2:23). Y una vez más, el creyente no debe ceder a la

creciente ola de error. Hay un camino positivo de obediencia establecido para nosotros en la Palabra de Dios. Timoteo, por su parte, debía reavivar el don que había permanecido latente (2 Timoteo 1:6); debía enseñar a hombres fieles para que pudieran enseñar a otros (2 Timoteo 2:2); y finalmente, debía purgarse de los vasos del deshonor. Por sí mismo, debía huir de las pasiones juveniles —no se puede mantener un camino de obediencia mientras perseguimos nuestros deseos naturales— para que pudiera ser libre de caminar por un camino de rectitud, fe, amor y paz con otros que también invocaron al Señor de un corazón puro (2 Timoteo 2:22).

Una vez establecido un esquema básico de nuestro tema, ahora debemos explorar las cosas con mayor profundidad. Un estudio del Nuevo Testamento mostrará cuánto se escribió con respecto al fracaso que marcaría el testimonio cristiano. Del mismo modo, nuestra respuesta a ella necesita ser desarrollada aún más a partir de las Escrituras.

Un estudio de las Escrituras

Desde Hechos en adelante, ninguno de los escritores del Nuevo Testamento guarda silencio en cuanto al fracaso que marcaría la profesión cristiana. Sin embargo, antes de comenzar con ese libro, que nos da el nacimiento y el establecimiento de la iglesia, dirijamos nuestra atención al Evangelio de Mateo. Sorprendentemente, es el único Evangelio que menciona a la iglesia. Se introduce como una cosa futura en el capítulo 16; Se menciona de nuevo en el capítulo 18. Volvamos al capítulo 13 donde encontramos siete parábolas. En la primera tenemos un sembrador sembrando semilla; Algunos caen en buen terreno y producen cien veces, algunos sesenta y algunos treinta. En la siguiente parábola leemos: “El reino de los cielos se asemeja a un hombre que sembró buena semilla en su campo” (Mateo 13:24). El campo es el mundo (vs. 38). El enemigo también siembra, y la cizaña germina junto con el trigo, ambos se dejan crecer juntos. La cizaña finalmente se reúne en paquetes y se reserva hasta el fin del mundo para el juicio. La tercera parábola habla de semilla de nuevo, pero sólo una semilla muy pequeña, un grano de mostaza, que un hombre siembra en su campo: “La cual es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando se cultiva, es la más grande entre las hierbas, y se convierte en árbol, de modo que las aves del cielo vienen y se alojan en sus ramas” (Mateo 13:32). El crecimiento es contrario a la naturaleza, y esta hierba se convierte en un gran árbol, pero no para mejor. Los agentes del inicuo (ver versículos 19) hacen su alojamiento en sus ramas. La cuarta parábola se puede dar en su totalidad: “El reino de los cielos es semejante a la levadura, que una mujer tomó, y escondió en tres medidas de comida, hasta que todo fue fermentado” (v. 33). Contrariamente a siglos de enseñar lo contrario, la levadura significa la naturaleza insidiosa del mal, trabajando silenciosamente y oculta, hasta que toda la comida se ve afectada. La mujer es utilizada como una figura de religión falsa debido a su poder seductor.Esta interpretación es consistente con cualquier otro uso de levadura a lo largo de la Palabra de Dios (por ejemplo, 1 Corintios 5:6), y es consistente con la enseñanza de las parábolas anteriores. El evangelio de Mateo nos da al Cristo rechazado; queda para Su trono ser establecido en la tierra. Sin embargo, donde actualmente se posee la autoridad de Dios, allí tenemos el Reino de los Cielos, es el gobierno de Dios desde los cielos. Como término, es más amplio que la iglesia. Observamos en estas parábolas, sin embargo, que hay una progresión del mal que continuará hasta el final, cuando será juzgado.

Comenzando ahora con el libro de los Hechos, encontramos al apóstol Pablo advirtiendo a los ancianos de Éfeso: “Porque sé esto, que después de mi partida entrarán entre vosotros lobos penosos, sin perdonar al rebaño. También de vosotros mismos se levantarán hombres, hablando cosas perversas, para alejar discípulos tras ellos” (Hechos 20:2930). No eran simplemente influencias externas que corrompían, sino que, más bien, de entre los suyos, surgían hombres hablando perversiones de la verdad, reuniendo individuos para sí mismos. Sin embargo, el resumen del declive de la iglesia no está encapsulado solo en este versículo. El libro de Hechos nos proporciona una imagen más amplia, una mucho más abarcadora. En la superficie parece ser una historia de la iglesia primitiva, y eso es. Pero como tal, al menos desde un punto de vista humano, es insatisfactorio. ¿Qué pasó con los apóstoles, por ejemplo? Para obtener detalles sobre el martirio de Pedro, Pablo y

otros de los apóstoles, debemos recurrir a fuentes externas poco confiables. Los libros históricos del Antiguo Testamento son similares en este sentido; sólo nos dan detalles específicos del propósito más grande de Dios. El libro de los Hechos prefigura la historia de la iglesia. Aunque su relato cubre solo unas pocas décadas, presagia una historia extendida de la cristiandad.

Volviendo al comienzo de Hechos, notamos que Pedro predica el arrepentimiento y la conversión, "para que vengan tiempos de refrigerio de la presencia del Señor, y Él envíe a Jesucristo, que fue preordenado por vosotros" (Hechos 3:1920 JND). Estas eran aspiraciones judías y un mensaje para esa nación. Con la apelación final de Esteban, y el rechazo del testimonio del Espíritu Santo (Hechos 7:51; Mateo 12:31), Pablo aparece en escena: "Él es un vaso escogido para mí" (Hechos 9:15). En el noveno capítulo tenemos la conversión de Pablo en el camino a Damasco. Allí se entera de que la persecución que había llevado a cabo contra los discípulos era de hecho contra Jesús mismo, y no ahora un hombre de gloria velada aquí en la tierra, sino como la cabeza ascendida y glorificada de un nuevo cuerpo. "Yo soy Jesús a quien tú persigues" (Hechos 9:5). En el capítulo diez, Pedro usa las llaves que se le dieron (Mateo 16:19) para admitir al gentil en el reino de los cielos, y luego se desvanece de la vista. El ministerio del apóstol Pablo ahora pasa a primer plano, y rastreamos su historia a lo largo del resto del libro. El Apóstol es la encarnación de lo que es exclusivo del cristianismo. Sin Pablo, no tenemos esas revelaciones que nos dan a saber lo que es la iglesia. "Yo Pablo, prisionero de Jesucristo por vosotros, gentiles, si habéis oído hablar de la dispensación de la gracia de Dios que me es dada a vosotros: cómo por revelación me dio a conocer el misterio" (Efesios 3:12). "Me regocijo en sufrimientos por vosotros, y lleno lo que está detrás de las tribulaciones de Cristo en mi carne, por su cuerpo, que es la asamblea; de la cual llegué a ser ministro, según la dispensación de Dios que me es dada hacia ti para completar la palabra de Dios" (Col. 1:2425 JND). ¿Y cómo termina el libro de los Hechos? Con un naufragio y el Apóstol bajo arresto domiciliario. En esto tenemos, en tipo, la historia del cristianismo y especialmente la doctrina de Pablo.

En el libro de Romanos, donde el tema es el evangelio de Dios y no la iglesia, leemos: "Si Dios no perdonó las ramas naturales, ten cuidado, no sea que tampoco te perdone a ti. He aquí, pues, la bondad y severidad de Dios: sobre los que cayeron, severidad; sino hacia ti, bondad, si continúas en su bondad; de lo contrario, también serás cortado" (Romanos 11:2122). Israel ha sido temporalmente dejado de lado debido a su apostasía; Se permitió que la ruina de una manera muy física cayera sobre ellos. El gentil ha sido traído a la familia de la fe a través del evangelio. Sin embargo, hay una advertencia; si no continuamos en la bondad de Dios, Él juzgará. ¿Se puede decir que la iglesia lo ha hecho? ¿Tiene el catolicismo romano? La mayoría de los que lean este folleto, sospecho, estarían de acuerdo en que ella no ha continuado en la bondad de Dios; pero, ¿qué hay del protestantismo? La condición del protestantismo se resume en el discurso a la iglesia de Sardes: "Conozco tus obras, que tienes un nombre que vives y estás muerto" (Apocalipsis 3: 1). Se dirá más en cuanto a las siete iglesias de Apocalipsis, pero, por ahora, continuemos nuestro estudio de las Escrituras con esta pregunta en mente: ¿ha continuado la iglesia en la bondad de Dios?

La asamblea en Corinto estaba en un estado miserable: en la primera epístola había divisiones (cap. 14), maldad moral (cap. 5), se llevaban unos a otros a la corte (cap. 6), tenían preguntas sobre el divorcio (cap. 7) y comían carne ofrecida a los ídolos (cap. 810), se emborrachaban en memoria del Señor (cap. 11), se exaltaron a sí mismos a través de su don (cap. 1214), algunos negaron la resurrección corporal del Señor (cap. 15). La segunda epístola de Pablo es menos restringida: la inmoralidad había sido juzgada (vs. 2:6). La preocupación del Apóstol por ellos, sin embargo, se mantuvo: "¿Qué concordia tiene Cristo con Belial? ¿O qué parte tiene el que cree con un infiel? ¿Y qué acuerdo tiene el templo de Dios con los ídolos? Porque vosotros sois templo del Dios viviente" (2 Corintios 6:1516). Aquellos que se oponían a Pablo continuaron cuestionando su apostolado, abriendo el camino para falsos maestros (2 Corintios 1012; 13:3). Temía que "como la serpiente engañó a Eva a través de su sutileza, así sus mentes se corrompieran de la simplicidad que hay en Cristo. Porque si el que viene predica a otro Jesús, a quien no hemos predicado, o si recibís otro espíritu, que no habéis recibido, u otro evangelio, que no

habéis aceptado, bien podréis soportarlo" (2 Corintios 11:34). Los ataques contra Pablo nunca han cesado, y ¿por qué? Las revelaciones concernientes a la iglesia fueron encomendadas únicamente al Apóstol (Romanos 16:25; Efesios 3:3; Colosenses 1:2527). Si uno puede socavar a Pablo, su ministerio es destruido, y junto con él el verdadero carácter de la iglesia. El cristianismo se convierte en una religión terrenal con aspiraciones terrenales.

Cuando Pablo se dirigió a los corintios, no hizo sus palabras exclusivas para ellos. "A la iglesia de Dios que está en Corinto, a los que son santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos, con todo lo que en todo lugar invocan el nombre de Jesucristo nuestro Señor, tanto de ellos como nuestros" (1 Corintios 1:2). Jesucristo fue su Señor y, confío, Él también es nuestro. Al hacer que la instrucción de Pablo sea exclusiva de las circunstancias, los cristianos han encontrado maneras de limitar la aplicación de sus epístolas a sí mismos. Cuando la clara enseñanza de la Escritura es rechazada, se encontrará a los hombres haciendo exactamente lo contrario de lo que dice.

En Galacia vemos un ataque diferente del enemigo: poner a los santos de Dios bajo la ley. "¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír la fe?" (Gálatas 3:2). A la carne le encanta exaltarse a sí misma y un retorno a la ley no es otra cosa que esto: "A todos los que desean hacer un espectáculo justo en la carne, os obligan a ser circuncidados" (Gálatas 6:12). Colosas compartían algunos de los mismos errores, pero especialmente parecen haber sido influenciados por el gnosticismo. El apóstol Pablo usa el vocabulario de esa filosofía para contrarrestarla: "Porque en él [Cristo] habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad" (Colosenses 2:9). La palabra plenitud (griego, pleroma) era una clara reprimenda contra el error gnóstico. El gnosticismo reduce a Jesús a una emanación de una plenitud superior. La cristiandad ha seguido ambos caminos en el curso de su historia: el ritualismo, que es característico de la ley, y el racionalismo, que es característico de la filosofía.

Aunque la epístola de Pablo a los Efesios revela las verdades más elevadas concernientes a los consejos de Dios con respecto a Cristo y Su iglesia, termina, sin embargo, muy prácticamente. "Tomad para vosotros toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo hecho todo, para estar firmes. Permaneced, pues, con vuestros lomos ceñidos con la verdad" (Efesios 6:1314). ¿Nos hemos mantenido firmes con nuestros lomos ceñidos con la verdad? Hemos leído las advertencias dadas por Pablo a los ancianos en Éfeso (Hechos 20:29), y antes de eso, incluso antes de eso, le había pedido a Timoteo que permaneciera en esa ciudad: "Para que acuses a algunos que no enseñen otra doctrina" (1 Timoteo 1: 3). ¿Y qué estaban enseñando? Las filosofías gnósticas (1 Timoteo 1:4) y la ley (1 Timoteo 1:7). En Apocalipsis vemos la raíz de la decadencia de Éfeso: "Tengo contra ti, que has dejado tu primer amor" (Apocalipsis 2: 4 JND).

En la carta del Apóstol a los Filipenses, una carta que no aborda ni el mal doctrinal ni el moral, Pablo debe escribir: "Todos buscan sus propias cosas, no las cosas de Jesucristo" (Filipenses 2:21), y "Cuídense de los perros, cuídense de los malos obreros, cuídense de la concisión" (Filipenses 3:2). Es un libro que corresponde al viaje por el desierto de Israel. La epístola tiene, por lo tanto, mucho que decir sobre el camino de la fe. "Presiono hacia la meta para el premio del alto llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (Filipenses 3:14). Desde los primeros días del cristianismo, muchos se han unido a esta peregrinación, pero no todos son reales. Pablo se sintió obligado a advertir a los santos filipenses de su presencia: "Porque andan muchos, de los cuales os he dicho a menudo, y ahora os digo incluso llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la destrucción, cuyo Dios es su vientre, y cuya gloria está en su vergüenza, que se preocupan por las cosas terrenales" (Filipenses 3:1819).

Los tesalonicenses no habían sido salvos por mucho tiempo cuando Pablo les escribió. En su primera epístola aborda su preocupación por aquellos que podrían morir antes del regreso del Señor introduciendo el rapto (1 Tesalonicenses 4:1318). En el segundo, disipa sus temores con respecto al día del Señor. Él señala que nuestra reunión con Él (2 Tesalonicenses 2:1), el rapto y una apostasía abierta, precederán al regreso de Cristo en el juicio. "Que nadie os engañe de ninguna manera, porque aquel día no vendrá, si no viene primero una caída [apostasía], y

ese hombre de pecado sea manifiesto, hijo de perdición" (2 Tesalonicenses 2:3). Aunque una apostasía general no ocurrirá antes del rapto, los versículos que hemos estado considerando nos muestran el declive que precederá a este abandono abierto de la verdad. Uno que rechazó el uso de Darby de la palabra ruina y apostasía en relación con la iglesia dijo: Un orden de cosas no puede apostatar, sólo un individuo puede hacer esto. La verdadera Asamblea nunca apostata. La Palabra de Dios nunca habla de la apostasía de la iglesia.ii Como hemos tenido cuidado de establecer, la verdadera iglesia es perfecta y no puede apostatar. Sin embargo, decir que la palabra sólo se aplica a los individuos no es cierto. La palabra apostasía (apostasia) solo aparece dos veces en el Nuevo Testamento: en Hechos 21:21 y 2 Tesalonicenses 2: 3. En Hechos habla de un individuo; Pablo fue acusado de abandonar a Moisés. En Tesalonicenses, sin embargo, habla claramente de la profesión cristiana.

Para cuando llegamos a la segunda epístola de Pablo a Timoteo, aceptada durante mucho tiempo como escrita poco antes del martirio de Pablo, la ruina se encuentra en cada capítulo. Los esfuerzos de Satanás para socavar al apóstol Pablo habían tenido éxito y la gente se estaba alejando de él. "Esto sabes, que todos los que están en Asia sean apartados de mí" (2 Timoteo 1:13). No es posible que la iglesia refleje su verdadero carácter y esperanza si se abandona la doctrina de Pablo. En el segundo capítulo, Pablo presenta a la iglesia como una gran casa, admitiendo el bien y el mal (2 Timoteo 2:20). El tercer capítulo podría citarse en su totalidad; describe tiempos peligrosos que recuerdan a Romanos, capítulo uno. Pero mientras que Pablo describió el mundo pagano en Romanos, aquí habla de la profesión cristiana. "Los hombres malos y los seductores empeorarán cada vez más, engañando y siendo engañados. Pero persevera en las cosas que has aprendido y de las que has sido seguro, sabiendo de quién las has aprendido" (2 Timoteo 3:1314). Las advertencias continúan en el cuarto capítulo.

Uno podría suponer que las cosas escritas en Romanos, Corintios, etc., abordaban problemas que habían surgido cuando la iglesia era joven, asuntos que debían corregirse para el futuro. Como alguien que aprende a andar en bicicleta, inicialmente se tambalean hasta que se gana el equilibrio. Sin embargo, podemos ver en la segunda carta de Pablo a Timoteo que la situación no mejoró y, además, no lo haría. Aquellas cosas de las que Pablo había advertido, habían sucedido. Timoteo debía ahora separarse de todas las cosas que deshonraban el nombre de Cristo.

La epístola de Pablo a Tito le instruye a poner en orden las cosas que faltaban en Creta. "Hay muchos habladores y engañadores rebeldes y vanidosos, especialmente los de la circuncisión: cuyas bocas deben ser tapadas, que subvierten casas enteras, enseñando cosas que no deben, por causa de la inmundicia ganancia" (Tito 1:1011). En el último capítulo, aparece una advertencia sobre los herejes. Un hereje es aquel que obliga a sus hermanos a tomar una decisión (su camino o el camino, como dice el refrán). "Un hombre que es un hereje después de la primera y segunda amonestación rechazan; sabiendo que el que es tal es subvertido, y peca siendo condenado de sí mismo" (Tito 3:10). La historia de la iglesia está llena de tales hombres: ¿cuántas sectas o divisiones dentro de la cristiandad llevan el nombre de un hombre?

La iglesia no es el tema de Hebreos, sin embargo, contiene advertencia de juicio. "Por tanto, recibiendo un reino que no puede ser movido, tengamos gracia, por la cual podemos servir a Dios aceptablemente con reverencia y temor piadoso, porque nuestro Dios es fuego consumidor" (Heb. 12:2829). Santiago anima al remanente creyente de entre los judíos, no porque las cosas mejorarían, sino porque la venida del Señor estaba cerca: "Sed pacientes, pues, hermanos, hasta la venida del Señor... Sed también pacientes; estad vuestros corazones, porque la venida del Señor se acerca" (Santiago 5:78).

La primera epístola de Pedro se dirige al sufrimiento de los justos: "En lo cual os regocijáis, por un poco de tiempo en el presente, si es necesario, afligidos por diversas pruebas" (1 Pedro 1: 6 JND). Sin embargo, también contiene advertencias para la casa de Dios: "Porque ha llegado el tiempo en que el juicio debe comenzar en la casa de Dios" (1 Pedro 4:17). ¿Encontramos la segunda carta de Pedro más brillante y feliz? ¿Existe la perspectiva de un reinado dorado del cristianismo en

este mundo? No, en absoluto, es más oscuro que el primero. Pedro ahora considera el gobierno de Dios sobre los injustos, especialmente aquellos que se encuentran entre los santos de Dios. “También hubo falsos profetas entre el pueblo, así como habrá falsos maestros entre vosotros, que en secreto traerán herejías condenables, negando incluso al Señor que los compró” (2 Pedro 2: 1). Tristemente, muchos seguirían el camino de estos falsos maestros. En lugar de ser un testimonio de la verdad en el mundo, la verdad sería blasfemada debido a su maldad (2 Pedro 2:2). En el tercer capítulo, Pedro habla de tres juicios: los dos primeros habían pasado, el tercero permaneció. No podemos suponer que estas advertencias son exclusivas de aquellos fuera de la profesión cristiana. Estaban dirigidas a aquellos que estaban familiarizados con “las palabras que antes habían dicho los santos profetas, y del mandamiento de nosotros, los apóstoles del Señor y Salvador” (2 Pedro 3:2).

Las epístolas de Juan fueron las últimas escritas, alrededor del año 90 DC. ¿Cuál era el estado de la cristiandad en su época? “Hijitos, es la última vez, y como habéis oído que vendrá el anticristo, aun ahora hay muchos anticristos; por lo que sabemos que es la última vez”. (1 Juan 2:18). Juan escribió para contrarrestar la creciente novedad del gnosticismo. Al igual que los hijos de Israel, que rápidamente se cansaron del maná, la cristiandad pronto se aburrió con verdades elementales. Tenía oído para ideas nuevas y atractivas. Está en nuestra naturaleza “decir, o escuchar algo nuevo” (Hechos 17:21). Juan, sin embargo, redirige a sus hijos amados en la fe de regreso a lo que fue desde el principio: la encarnación del Señor Jesucristo (1 Juan 1: 1). Entre sus muchos errores, el gnosticismo negó que Jesús viniera en un cuerpo humano. De hecho, Satanás, a lo largo de los siglos, ha encontrado maneras de volver a empaquetar a Jesús, ya sea negando Su humanidad esencial o Su deidad. En su segunda epístola, Juan le recuerda a la dama elegida: “El que avanza y no permanece en la doctrina del Cristo, no tiene a Dios. El que permanece en la doctrina, tiene tanto al Padre como al Hijo” (2 Juan 9 JND). La doctrina del Cristo no es fluida, no necesita avance. Finalmente, en la tercera epístola de Juan tenemos una situación que se hizo demasiado común después del período apostólico: “Diótrefes, que ama tener la preeminencia entre ellos, no nos recibe... bromeando contra nosotros con palabras maliciosas: y no contento con ello, ni él mismo recibe a los hermanos, y prohíbe a los que quieren, y los echa de la iglesia” (3 Juan 910).

En Judas leemos acerca de la profecía de Enoc: “Enoc también, el séptimo de Adán, profetizó de estos, diciendo: He aquí, el Señor viene con diez mil de sus santos, para ejecutar juicio sobre todos, y para convencer a todos los que son impíos entre ellos de todas sus obras impías que han cometido impíamente, y de todos sus duros discursos que pecadores impíos han hablado contra él” (Judas 1415). Él no está hablando del diluvio, porque el Señor no regresó en ese momento con las huestes de Sus santos. La profecía de Enoc abarca toda la historia del mal. El mal existía en los días de Enoc, y persistirá hasta el regreso del Señor con Sus santos (unos siete años o más después del rapto). No es un mal general del que habla Judas, sino más bien, impíos que hablan en contra del Señor (Judas 4, 8). Estos son hombres religiosos que se atreven a hablar en contra de Dios y Su Cristo. La epístola de Judas es una advertencia urgente. Los hombres impíos se infiltrarían entre los creyentes y no serían reconocidos de inmediato. Judas describe sus características clave para que puedan ser identificadas y rechazadas.

Las siete iglesias de Apocalipsis pueden ser tomadas de tres maneras: 1) pueden ser leídas como siete cartas a las asambleas del primer siglo; 2) pueden ser considerados para instrucción personal; 3) pueden ser considerados como un esbozo de la historia de la cristiandad. En cuanto a lo último, algunos rechazarán esta interpretación por considerarla demasiado subjetiva. Sin embargo, se pueden dar varias razones que apoyan esta opinión. Primero, estos discursos se encuentran en el único libro de profecía del Nuevo Testamento, cuyo propósito está claramente establecido: “Para mostrar a sus siervos las cosas que pronto deben suceder; y lo envió y lo significó por medio de su ángel a su siervo Juan” (Apocalipsis 1:1). Segundo, Cristo está caminando en medio de las iglesias como juez (Apocalipsis 1:916). Tercero, la elección de siete representa integridad, como lo hace a lo largo de las Escrituras; Es apropiado que se trate de asambleas representativas. Cuarto, Juan escribirá concerniente al “misterio de las siete estrellas que viste en mi

diestra, y los siete candelabros de oro... [que] son las siete iglesias" (Apocalipsis 1:20). Algo estaba a punto de ser dado a conocer a Juan, a través de la revelación, que de otra manera no podría ser conocido. Quinto, cada discurso sigue una fórmula muy específica, muy diferente a otras epístolas. Sexto, hay un cambio claro después de Tiatira, un cambio que sugiere una línea de tiempo. Por primera vez tenemos la venida del Señor: "Aférrate hasta que yo venga" (Apocalipsis 3:25). Séptimo, con las últimas cuatro asambleas, la exhortación: "El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias" (Apocalipsis 3:22), sigue la promesa al vencedor. Ya no es un llamado general, sino uno a un remanente fiel, una vez más, consistente con un progreso histórico y moral.

Las tres primeras iglesias representan períodos sucesivos: la iglesia apostólica (33 DC), la iglesia perseguida (64 DC) y, por último, la iglesia bajo la protección de Roma, comenzando con el edicto de Milán bajo Constantino (313 DC). Comenzando con Tiatira, que podemos identificar como la iglesia de Roma (circa 590 DC), las últimas cuatro iglesias corresponden a condiciones concurrentes, todas las cuales están activas en el mundo de hoy. Cada uno surge del anterior, no como un desarrollo del primero, sino, más bien, como un rechazo de todo o parte de él. La protestante Sardis (1529AD) rechazó muchas doctrinas del catolicismo romano. Filadelfia se separó de las enseñanzas y prácticas no bíblicas que se encuentran dentro del protestantismo, especialmente (pero no limitado a) la verdad eclesiástica. Finalmente, Laodicea surgió de un rechazo, no tanto de verdades recuperadas, sino del caminar separado de Filadelfia.

Este es un tema extenso, y solo tenemos espacio para considerarlo de la manera más superficial. Sin embargo, si uno acepta que estas siete iglesias nos presentan un presagio de la historia de la iglesia, ofrece una imagen ominosa, una totalmente consistente con las advertencias que se encuentran en las epístolas. El período apostólico concluyó con la iglesia habiendo dejado su primer amor (Apocalipsis 2:4). La izquierda es un cambio activo de posición, no pasivo, como podría sugerir la palabra perdido. Cristo quitaría el candelabro del testimonio a menos que se arrepintieran (Apocalipsis 2:5). La condición final de la iglesia se encuentra con Laodicea: "Porque tú dices: Soy rico, y aumentado con bienes, y no tengo necesidad de nada; y no sabes que eres miserable, miserable, pobre, ciego y desnudo" (Apocalipsis 3:17). Cristo está completamente excluido de Laodicea, y Él permanece sin llamar (Apocalipsis 3:20). La tendencia general de principio a fin es a la baja. Este es entonces el estado final de la cristiandad, y viene con un aviso: "Estoy a punto de vomitarte de mi boca" (Apocalipsis 3:16 JND). El cuarto capítulo de Apocalipsis comienza: "Después de estas cosas vi, y he aquí, una puerta se abrió en el cielo, y la primera voz que oí como de una trompeta hablando conmigo, diciendo: Sube aquí, y te mostraré las cosas que deben suceder después de estas cosas" (Apocalipsis 4: 1). El rapto, y el juicio posterior de Dios contra la iglesia profesante, se supone pero no se da explícitamente. Dios ya no reconocerá, en ningún sentido, una iglesia que esté delante de Él, cuando las declaraciones proféticas en cuanto al juicio del mundo comiencen a surtir efecto.

Dios permitió que el mal entrara en la iglesia antes de que los apóstoles partieran; estaba en Su bondad soberana hacerlo. Como resultado, tenemos instrucción de la Palabra de Dios para los últimos días (2 Timoteo 3:1). Los últimos días no son algo nuevo, han existido durante casi 2000 años. Podríamos notar que el incidente con el becerro de oro vino al comienzo del viaje por el desierto de Israel (Éxodo 32), y sin embargo, Dios pacientemente los llevó durante los próximos 1400 años. A nivel nacional fracasaron desde el principio, pero siempre hubo un camino para los fieles. Tal vez uno pueda decir (como una vez se me expresó) si Dios no miraba a Israel, ese pueblo idólatra, inicuo y murmurante, y sin embargo dijo: "No ha visto iniquidad en Jacob, ni ha visto perversidad en Israel" (Núm. 23:21). ¿No mira Dios a la Iglesia y ve una perla de gran precio en toda su belleza? De hecho, Él lo hace: Dios no ve iniquidad en Su pueblo redimido. Como uno ha escrito: Dios habla la verdad según la perfección de su inteligencia infinita; y es porque es infinito, que Él no puede ver iniquidad en el pueblo redimido. ¿Cómo pudo ver algo en aquellos que son lavados en la sangre del Cordero? Tampoco es Su mente verlo.iv ¿No ve Dios entonces la maldad que existe entre Su pueblo? Ciertamente lo hace. Pero eso es algo muy diferente. No debemos confundir estos puntos de vista. En uno tenemos al pueblo

de Dios visto de acuerdo con todo lo que Él es para ellos: los consejos de Su gracia y el rescate que Él ha provisto. En el otro, Dios está tratando con el hombre en responsabilidad, de acuerdo con todo lo que el hombre es para Dios. Cuando Dios trata con su pueblo, toma conocimiento de todo: “Sus ojos eran como llama de fuego” (Apocalipsis 1:14).

La Iglesia después del período apostólico

Puede haber una suposición de que los escritos de los Padres Apostólicos (aquellos que vinieron inmediatamente después del período apostólico) nos dan una imagen de una iglesia fiel, la iglesia en su infancia no contaminada. Puede ser una imagen fiel, pero no retrata una iglesia desprovista de corrupción. La iglesia no permaneció fiel a los principios establecidos por los apóstoles. Por el contrario, los escritos de los Padres Apostólicos nos dan una idea de lo que la iglesia se había convertido.

En su carta a los esmirnos, Ignacio escribe: Mirad que todos seguís al obispo, como Jesucristo lo hace con el Padre, y al presbiterio como lo haríais con los apóstoles; y reverencia a los diáconos, como institución de Dios. Que nadie haga nada relacionado con la Iglesia sin el obispo. Que eso se considere una Eucaristía apropiada, que es administrada por el obispo o por alguien a quien se la ha confiado. Dondequiera que aparezca el obispo, allí esté también la multitud; así como, dondequiera que esté Jesucristo, allí está la Iglesia Católica. No es lícito sin el obispo bautizar o celebrar una fiesta de amor; pero todo lo que él apruebe, eso también es agradable a Dios, para que todo lo que se haga sea seguro y válido. Además, es de acuerdo con la razón que debemos volver a la sobriedad y, mientras aún tenemos oportunidad, ejercer el arrepentimiento hacia Dios. Es bueno reverenciar tanto a Dios como al obispo. El que honra al obispo ha sido honrado por Dios; El que hace algo sin el conocimiento del obispo, sirve al diablo.v La inclinación hacia un sistema clerical fuerte es evidente. Limitar la administración del bautismo y la eucaristía (fracción del pan) a un obispo, o uno designado por tal, carece completamente de apoyo bíblico.

Clemente de Roma en su primera carta a Corinto dice: Toda gloria y ensanche te fue dado, y eso se cumplió, lo que está escrito Mi amado comió y bebió y fue agrandado y encerado y engordado y pateado. De ahí vienen los celos y la envidia, la lucha y la sedición, la persecución y el tumulto, la guerra y el cautiverio. Así, los hombres fueron agitados, los mezquinos contra los honorables, los de mala reputación contra los de gran reputación, los necios contra los sabios, los jóvenes contra los mayores. Por esta causa la justicia y la paz se mantienen al margen, mientras que cada hombre ha abandonado el temor del Señor y se ha vuelto ciego en la fe de Él, ni anda en las ordenanzas de Sus mandamientos ni vive de acuerdo con lo que viene a Cristo, sino que cada uno va tras los deseos de su mal corazón, viendo que han concebido celos injustos e impíos, por el cual también la muerte entró en el mundo (1 Clem. 3:1-4).Es evidente que la situación en Corinto, que el apóstol Pablo abordó en sus epístolas, finalmente se convirtió en un conflicto abierto impulsado por los celos. La solución de Clemente (como con Ignacio) parece haber sido el establecimiento de una fuerte jerarquía dentro de la iglesia. Más tarde insiste, en esta misma carta, en que los apóstoles, que habían nombrado obispos, proveyeron una continuación cuando los que se durmieron, que los hombres aprobados deberían suceder al ministerio (1 Clem. 44: 2). No encontramos tal dirección en el Nuevo Testamento. De hecho, brilla bastante por su ausencia.

No deseo profundizar mucho en este tema. Los dos ejemplos dados son suficientes para darnos un vistazo a la iglesia postapostólica. Por un lado, vemos una disminución en la condición moral y espiritual de la profesión cristiana. Por otro lado, encontramos que no podemos mirar a los llamados Padres de la Iglesia, para establecer un patrón para la iglesia. Debemos enfocarnos en lo que la Palabra de Dios dice en su pureza, no contaminada por los pensamientos e ideas de los hombres. Cada vez que uno sustituye alternativas por lo que Dios provee, incluso si uno tiene los mejores motivos, siempre conducirá a una mayor corrupción de la verdad.

El que tiene oído

Para aquellos que niegan la ruina del testimonio cristiano, su grito es falso y una repetición de una historia anterior: “El templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor, son estos” (Jer. 7: 4). Cuando hay un reconocimiento parcial de la

ruina, los esfuerzos dentro de la cristiandad tienden hacia la restauración. El movimiento ecuménico busca revertir siglos de división a través de la unión, incluyendo lo malo con lo bueno. El movimiento carismático, por otro lado, dice que podemos volver a los días felices de la iglesia primitiva. Ninguno de los dos puede tener éxito y ambos son contrarios a la Palabra de Dios. Dios no restaura las cosas a su primer estado. No hay ninguna sugerencia, en las Escrituras que acabamos de considerar, de una recuperación general. Por el contrario, aprendemos, como de la profecía de Judas, que el mal dentro de la iglesia profesante continuará hasta el regreso del Señor.

Algunos argumentarían que, dado que Dios siempre ha supuesto la existencia del mal en la iglesia, no se requiere ninguna acción de nuestra parte. Pero esta no es la iglesia hecha por Dios. Todas las advertencias están en contra. Sí, algunos habían llegado desprevenidos, pero la asamblea debía actuar, debían hacer algo al respecto. Hay autoridad en la iglesia de Dios: “¿No juzgáis a los que están dentro? Pero los que están sin Dios juzgan. Por tanto, apartad de entre vosotros al malvado” (1 Corintios 5:12-13). La asamblea de Corinto no debía tolerar tal maldad en medio de ellos. Israel era una compañía mixta, pero la iglesia no es Israel. El reino de los cielos tiene tanto lo bueno como lo malo (Mateo 13:48), pero la iglesia no es el reino. Dios ejecutará juicio en este mundo: “Él juzgará al mundo en justicia por el hombre a quien ha ordenado” (Hechos 17:31), pero ese tiempo aún no ha llegado. Mientras tanto, el juicio ha comenzado en la casa de Dios, comenzó en los días de Pedro (1 Pedro 4:17). Por esta razón, el libro de Apocalipsis comienza con una historia de la iglesia. Antes de que Él pueda asumir el juicio del mundo, Cristo debe estar de pie como Juez en medio de los siete candelabros (Apocalipsis 1:13), la iglesia en su responsabilidad como sostenedora de la luz de Cristo.

Hay poco llanto por el estado de las cosas. Timoteo era un individuo profundamente agobiado, tal vez demasiado, pero su corazón estaba en el lugar correcto. Con Pablo en prisión, y algunas de las asambleas más brillantes y capaces habiéndose alejado de él (2 Timoteo 1:15), Timoteo lloró. “Deseando grandemente verte, teniendo en cuenta tus lágrimas, para que me llene de gozo” (2 Timoteo 1:4). Una vez más, tenemos paralelos en el Antiguo Testamento. En los días del rey Josías, las cosas estaban muy mal. El templo había sido contaminado y su diseño alterado. Se había convertido en un lugar de adoración mixta (2 Reyes 23; 2 Crón. 34; Ezequiel 8:718). El Libro de la Ley ya no tenía un lugar valioso y parece haberse perdido, o, al menos, extraviado. Al redescubrirlo, Josías responde con llanto: “Porque tu corazón era tierno, y te has humillado delante del Señor, cuando escuchaste lo que hablé contra este lugar, y contra sus habitantes, para que se convirtieran en desolación y maldición, y rasgaron tus ropas, y lloraron delante de mí; Yo también te he oído, dice Jehová” (2 Reyes 22:19). La restauración comienza con individuos ejercitados por la Palabra de Dios a través del Espíritu Santo. Unos años más tarde, Ezequiel escribió: “Muéstrale la casa a la casa de Israel, para que se avergüencen de sus iniquidades, y que midan el modelo” (Ez 43:10), todo debe medirse contra el modelo, la Palabra de Dios, y se le debe permitir juzgar el corazón. A menos que traiga tristeza piadosa, cualquier acción de nuestra parte surgirá de un motivo equivocado. Hubo un avivamiento notable en los días de Josías, pero fue bastante limitado: muchos fingieron arrepentimiento (Jer. 3:10). Es fácil llorar porque las cosas no son como queremos, o porque recordamos días mejores (Esdras 3:12). Sin embargo, llorar porque hemos aceptado el juicio de Dios contra nosotros mismos implica una obra de Dios en nuestros corazones (Heb. 12:17; 2 Corintios 7:911). El arrepentimiento es ponerse del lado de Dios contra uno mismo. Uno así ejercitado no puede mirar a la iglesia profesante, y no dejar de ver que tiene poca semejanza con lo que Dios estableció al principio. Habiendo examinado las Escrituras, reconocerán que Dios advirtió de este estado de cosas, y que también les mostró el camino a seguir en medio de la ruina.

Anteriormente consideramos la instrucción de Pablo a Timoteo, cómo debía separarse de los vasos de deshonra. En su primera carta, el Apóstol había mencionado a dos hombres: “Himeneo y Alejandro; a quienes he entregado a Satanás, para que aprendan a no blasfemar” (1 Timoteo 1:20). En su segundo, leemos de ellos de nuevo. De Himeneo dice: “Su palabra se extenderá como gangrena; de los cuales es Himeneo y Fileto” (2 Timoteo 2:17). La gangrena ocurre

cuando una parte del cuerpo vivo muere; este sería el efecto de estos falsos maestros en el cuerpo cristiano profesante. En cuanto a Alejandro, Pablo escribe: “Alejandro el calderero me hizo mucho mal: el Señor lo recompense según sus obras” (2 Timoteo 4:14). Los irreprochables deben, en algún momento, dejarse a su suerte y a las consecuencias gubernamentales que se derivan de ellos. Este principio también se confirma en el Antiguo Testamento: “Efraín está unido a los ídolos: déjalo en paz” (Os. 4:17). A Jeremías se le instruye que no ore por Judá: “Por tanto, no ores por este pueblo, ni levantes el clamor ni ores por ellos, ni intercedas por mí, porque no te oiré” (Jer. 7:16). En cada uno de los discursos a las siete iglesias hay un llamado al “que tiene oído” y una promesa al vencedor. En las primeras tres iglesias, el llamado precede a la promesa al vencedor; es un llamado general. Cuando llegamos a las últimas cuatro iglesias (las que tipifican el día de hoy) el llamado sigue la promesa al vencedor. Sólo el vencedor tiene el discernimiento para escuchar lo que el Espíritu dice a las iglesias. Esta es la posición en la que se encontraba Timoteo.

La separación siempre está conectada con la casa de Dios, nunca con el cuerpo. Uno no puede separarse del cuerpo, ni siquiera dentro del cuerpo; sería absurdo hablar de ello. El cuerpo está compuesto de aquellos que son verdaderos, aunque, pueden estar sucediendo de mala manera. Uno puede ser un miembro del cuerpo y, sin embargo, comportarse peor que un infiel (1 Timoteo 5:8). Una gran casa, por otro lado, contiene la profesión vacía, así como lo que es real. No siempre podemos distinguir a los salvos de los no salvos, pero Dios ciertamente puede; que debemos irnos con Él. “Sin embargo, el fundamento de Dios permanece seguro, teniendo este sello, el Señor conoce a los que son suyos” (2 Timoteo 2:19). Por nuestra parte, la instrucción es clara: “Que todo el que nombra el nombre del Señor se retire de la iniquidad” (2 Timoteo 2:19 JND). Como se señaló anteriormente, no podemos salir de la casa, pero podemos, y de hecho se nos instruye, separarnos de lo que es contrario a Dios dentro de la casa.

A pesar de esta instrucción, dos principios, establecidos en la Palabra de Dios, son un anatema para muchos cristianos: 1) participar en una mesa asociada con el mal me identifica con ese mal; 2) la unidad con Dios sólo se puede encontrar en la separación del mal. Debemos limitarnos a unos pocos comentarios breves, confío en que de esa manera estimule una mayor investigación.

En cuanto al primer punto, esto se aborda en el décimo capítulo de Primera de Corintios. Pablo presenta tres tablas: la judía, la idólatra y la cristiana. El judío, que comía de los sacrificios (como con la ofrenda de paz), identificaba, o en otras palabras, expresaba comunión con el altar establecido bajo la ley mosaica (1 Corintios 10:18). Del mismo modo, aquel que participaba en una fiesta idólatra, aunque sabía que el ídolo era piedra sin vida, expresó comunión con ese altar y, peor aún, con los demonios asociados con esa forma de adoración (1 Corintios 10:1920). Del mismo modo, participar de la mesa del Señor, me identifica con los que están en Su mesa y todo lo que representa (1 Corintios 10:16, 21). Es muy posible tener nuestra propia cena y mesa: “Por lo tanto, cuando os reunáis en un solo lugar, esto no es para comer la cena del Señor” (1 Corintios 11:20). A pesar de mis motivos personales (tal vez tengo la mejor de las intenciones), participar en una misa católica romana, me identifica con ese sistema y sus enseñanzas, expreso comunión con él. Este es un ejemplo extremo, pero es cierto para cualquier mesa donde pueda elegir participar de la Cena del Señor. En el capítulo diez de Primera de Corintios, la Mesa del Señor y la comunión son lo más importante; en el capítulo once, es la Cena del Señor y el memorial de Su muerte. La cristiandad puede haber abrazado (hasta cierto punto) el capítulo once, pero rechazan en gran medida la enseñanza del décimo; casi universalmente, todo pensamiento de comunión expresado en el recuerdo del Señor es rechazado, o, al menos, las consecuencias de ello.

En cuanto al segundo punto, cualquier comunión con Dios debe basarse en la santidad. Sin embargo, separarse, se dirá, es ser crítico. Varios versículos son invocados por aquellos que dicen que no debemos juzgar. Dos versículos de uso común son: “No juzguéis, para que no seáis juzgados” (Mateo 7:1), y “Tú eres inexcusable, oh hombre, cualquiera que sea el que juzgue; porque tú que juzgas haces las mismas cosas” (Romanos 2:1). Estos versículos hablan de juicio hipócrita:

verdaderamente, no debemos someter a los demás a un estándar diferente al nuestro; Si lo hacemos, sólo nos condenamos a nosotros mismos. Ninguno de los dos, sin embargo, nos prohíbe formar juicios necesarios. Mateo capítulo siete es un buen ejemplo. Un poco más adelante en ese mismo diálogo leemos: “Cuídense de los falsos profetas, que vienen a ustedes vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Los conoceréis por sus frutos” (Mateo 7:15). ¿Cómo identificamos a los falsos profetas? Los reconocemos por sus frutos. Está claro, por lo tanto, que debemos juzgar a las personas por sus frutos, y que debemos actuar hacia ellas en consecuencia. Hay múltiples casos en las Escrituras en los que somos llamados a juzgar, individualmente o como asamblea. “¿Qué tengo que hacer para juzgarlos también a los que están fuera? ¿No juzgáis a los que están dentro?” (1 Corintios 5:12). “Que hablen los profetas dos o tres, y que el otro juzgue” (1 Corintios 14:29). “No creáis a todo espíritu, sino probad a los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido por el mundo” (1 Juan 4:1). Pablo le dijo a Timoteo que no se apresurara en imponer las manos sobre (identificarse con) otros; al hacerlo, puede llegar a ser partícipe de sus pecados (1 Timoteo 5:22). En el lado positivo, sin embargo, escribió: “Del mismo modo, también las buenas obras de algunos se manifiestan de antemano; y los que de otra manera son no pueden ser escondidos” (1 Timoteo 5:25). Es decir, el corazón finalmente se expone a sí mismo, ya sea de justicia en el bien, o de injusticia en la maldad. Sin embargo, no podemos juzgar los motivos, es decir, los resortes ocultos de las acciones de una persona. “No juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, que sacará a la luz las cosas ocultas de las tinieblas, y manifestará los consejos de los corazones” (1 Corintios 4:5).

El estribillo del mundo occidental es cada uno según los dictados de su propia conciencia. Se resume en las actitudes: juzgaré por mí mismo, y no me juzgaré. El espíritu del día ha impregnado la cristiandad. Cualquier cosa con la que no esté de acuerdo se convierte en una cuestión de conciencia. Sin embargo, no es la conciencia en absoluto. El juicio personal ahora toma el lugar de la conciencia. La verdadera conciencia es siempre fiel a Dios. Esta actitud es paralela al bajo estado de Israel como se encuentra al final de Jueces: “En aquellos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que era recto a sus propios ojos” (Jueces 21:25 JND). No era apropiado para Israel, y no le conviene a la iglesia de Dios. Cristo sigue siendo la cabeza de Su iglesia, Él sigue siendo el Hijo sobre la casa de Dios, y el Espíritu Santo todavía está presente aquí en la tierra. El fracaso no elimina la responsabilidad. Los juicios que formamos deben ser de acuerdo a la Palabra de Dios.

Si realmente reconociéramos que somos un pueblo celestial, se resolverían muchas preguntas concernientes a la separación. Dios “nos ha levantado juntamente, y nos ha hecho sentarnos juntos en lugares celestiales en Cristo Jesús” (Efesios 2:6). El ministerio de Pablo nos conecta con un Cristo celestial y glorificado. Israel fue separado de las naciones para ser un pueblo peculiar para Jehová Dios. “Tú eres un pueblo santo para Jehová tu Dios, y Jehová te ha escogido para ser un pueblo peculiar para Sí mismo, sobre todas las naciones que están sobre la tierra” (Deuteronomio 14:2). Hemos sido separados de este mundo para ser un pueblo peculiar para Dios. “Vosotros sois ... una nación santa, un pueblo peculiar; para que mostréis las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9). Debemos caminar separados de este mundo aunque vivamos en él, no podemos dejarlo. Y cuando la masa de la cristiandad ha formado una alianza con ella, nosotros también debemos caminar separados de ellos.

Antes de partir de esta cuestión de la separación, uno puede preguntarse: ¿Qué hay de predicar a los perdidos? Si vamos a separarnos del mal, ¿cómo alcanzamos a los no salvos? La percepción de la iglesia y su función ha sido contaminada por siglos de malentendidos, tanto es así, que la misma palabra (como se usa en los idiomas modernos) casi no tiene conexión con su significado original. La iglesia no es un edificio donde los perdidos vienen a ser salvos. La iglesia (en su aspecto local) es el cuerpo de creyentes en una localidad. Hay un dentro y un fuera. El evangelista sale a traer a la oveja perdida. “Yo soy la puerta; por mí, si alguno entra, será salvo, y entrará y saldrá, y hallará pasto” (Juan 10: 9). Esto no significa que un edificio utilizado por la asamblea no pueda usarse también para predicar el evangelio; una vez más, el edificio no es la iglesia. Tampoco significa que no deba haber reuniones

regulares del evangelio.Nuestros hijos necesitan escuchar el Evangelio, y esta es una ocasión en la que se puede escuchar y enseñar.

Aquellos que invocan al Señor desde un Corazón Puro

Aunque Timoteo debía “apartarse de la iniquidad” y “purgarse de” los vasos de deshonra, no se esperaba que caminara solo. Timoteo debía: “Seguid la justicia, la fe, la caridad, la paz, con los que invocan al Señor de corazón puro” (2 Timoteo 2:22). Puede parecer presuntuoso identificarse con aquellos que invocan al Señor por un corazón puro, pero Dios no nos da instrucciones que no podamos seguir. Tampoco nos da instrucciones que nos inflen; es un día de humildad, no de reinar (1 Corintios 4:713). No hay nada que se exalte a sí mismo en un caminar obediente en medio del fracaso. Al igual que con el estudio de Nehemías de la ciudad por la noche, tal caminata sólo sirve para resaltar la condición arruinada de las cosas. Debe haber un sentido de la tristeza que la declinación causa al Señor Jesucristo, la cabeza de la iglesia. Todo esto contrasta con Laodicea, donde se niega la ruina y, en su lugar, hay jactancia. Es una falsa humildad que dice que no podemos obedecer este versículo porque es una mente que se pone en contra de Dios. Lamentablemente, nada en las Escrituras, ni en el Nuevo Testamento ni en el Antiguo, sugiere que la masa del pueblo de Dios responda alguna vez a Su llamado al arrepentimiento. Las personas que regresaron con Zorobabel para reconstruir el templo eran un poco más de 42.000 (Esdras 2:64); y sus esfuerzos fueron bastante débiles. Aún menos regresaron con Ezra, y eran familias en lugar de pueblos: el ejercicio se había vuelto individual. Sin embargo, Dios honró lo que era de fe: “¿Quién ha despreciado el día de las cosas pequeñas?” (Zac. 4:10). Todo apunta a una compañía bastante pequeña y despreciada, sin embargo, Hageo todavía podía decir: “Yo estoy con vosotros, dice Jehová de los ejércitos: Según la palabra que hice convenio con vosotros cuando salís de Egipto, así permanece mi Espíritu entre vosotros: no temáis” (Hageo 2:45). Cristo es tan suficiente para su compañía ahora como en la primera, y su Espíritu permanece entre ellos. Aunque multitudes respondieron a Juan el Bautista: “Predicando el bautismo de arrepentimiento para la remisión de los pecados” (Lucas 3: 3), la respuesta con muchos fue falsa: “Oh generación de víboras, ¿quién te ha advertido que huyas de la ira venidera? Por tanto, dad frutos dignos de arrepentimiento, y comenzad a no decir dentro de vosotros: Tenemos a Abraham para nuestro padre” (Lucas 3:78). Sin embargo, el Señor Jesús tomó Su lugar entre unos pocos fieles, identificándose con ellos en el bautismo, no por arrepentimiento, sino más bien, “para cumplir toda justicia” (Mateo 3:15). En el Salmo 16, el Espíritu de Cristo los llama: “los santos que están en la tierra, y a los excelentes, en quienes está todo mi deleite” (Sal. 16:3). Esa fue la aprobación de Dios, no la suya.

Entonces, ¿cuál es nuestro curso de acción? ¿Buscamos individuos de ideas afines y establecemos una comunidad? Una cosa es continuar con cristianos ejercitados de manera similar, pero eso no hace una asamblea. Sólo hay una comunidad; Nosotros no lo creamos. Más bien, somos llamados a ello. “Fiel es Dios, por quien fuisteis llamados a la comunión de su Hijo Jesucristo Señor nuestro” (1 Corintios 1:9). Si estamos caminando en el bien de Su comunión, seremos encontrados con otros creyentes, reunidos en tierra divina. “Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20). Recientemente se estableció una comunidad en mi vecindario; usaron la palabra compañerismo en su nombre. Su objetivo y misión se expresan claramente en su sitio web. No cuestiono su motivo ni la sinceridad de corazón, ni siquiera que el bien pueda salir de ello, pero no son una iglesia. Han establecido una comunidad basada en los objetivos compartidos de ciertos individuos. En consecuencia, perpetúa el sectarismo. Lo que define a una secta no es el tamaño de la asamblea, sino más bien, el terreno sobre el que se reúne.

Cualquier unidad que sea de Dios debe poseer Su autoridad. Si Cristo ha de ser el centro y el poder de la unidad dentro de la iglesia, entonces Él no será encontrado en medio del mal. No puede unirse con los impíos ni tener una unión que les sirva.vii Cuando el mal estaba en el campamento de Israel, Dios instruyó a Moisés a levantar la tienda de reunión fuera del campamento y lejos. “Moisés tomó la tienda y la levantó fuera del campamento, lejos del campamento, y la llamó la Tienda de reunión. Y aconteció que todos los que buscaban a Jehová salieron a la tienda de

reunión que estaba fuera del campamento" (Éxodo 33:7 JND). Tenemos el mismo principio en el Nuevo Testamento. "Tenemos un altar, del cual no tienen derecho a comer que sirve al tabernáculo ... Salgamos, pues, a Él sin el campamento, llevando su oprobio" (Heb. 13:10, 13). Las prácticas judaicas no tienen cabida en el cristianismo, no puede haber mezcla de las dos. En su segunda epístola a los Corintios, Pablo, citando a Isaías, escribe: "Por tanto, sal de en medio de ellos, y apartaos, dice Jehová, y no toquéis lo que es impuro, y yo os recibiré" (2 Corintios 6:17 JND). Hablando apropiadamente, esto concierne al mundo (ver vers. 14), pero cuando el mundo es atraído al corazón de la iglesia, debemos separarnos de ella. Tiatira, la Iglesia de Roma, gobernó el mundo. Los gobiernos de este mundo protegieron a los Sardis protestantes. Con Laodicea la iglesia se ha vuelto indistinguible del mundo.

La separación no es el poder de la unidad, aunque, sin ella, nunca puede haber unidad. La separación por sí sola puede establecer una unidad legal muy santurrona, una que está obsesionada con el mal, pero eso no es santidad. La santidad no es simplemente separación del mal, sino separación para Dios del mal. La nueva naturaleza no tiene simplemente una naturaleza o carácter intrínseco como ser de Dios. Tiene un objeto, porque no puede vivir en sí mismo, un objeto positivo y ese es Dios.viii No podemos salir de la oscuridad, excepto caminando hacia la luz, y es en la luz donde encontramos comunión con Dios y con otros creyentes; una vez más, es Su comunión, no la nuestra. "Si decimos que tenemos comunión con Él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no hacemos la verdad; pero si andamos en la luz, como Él está en la luz, tenemos comunión unos con otros" (1 Juan 1:67). En los días de la escritura de Juan, muchos buscaban nueva luz; Fue un día de innovación y de enseñanzas místicas, todo lo cual era, en realidad, oscuridad. Un verdadero creyente no se encontraba caminando en ella. Si caminaran en la luz, no sólo tendrían comunión con el Padre y con Su Hijo Jesucristo, sino que también tendrían comunión unos con otros.

Sin lugar a dudas, la diversidad de doctrinas dentro de la cristiandad explica mucha división. Es un estribillo común que la doctrina divide. La doctrina necesariamente debe dividir; es la naturaleza de la verdad: o Jesús es el Hijo de Dios, o no lo es; O murió en la cruz, o no lo hizo. Mientras seamos "sacudidos de aquí para allá, y llevados con todo viento de doctrina" (Efesios 4:14), la división y el caos deben resultar. Sin sana doctrina nunca puede haber unidad. Efesios habla de "la unidad de la fe" (Efesios 4:13). Esto no es fe subjetivamente (como en la fe que poseemos), sino más bien, es el cuerpo objetivo de la enseñanza cristiana (como en la fe cristiana). "Hay ... una fe" (Efesios 4:45). La iglesia de Dios fue llamada a defender la verdad. "La iglesia del Dios viviente, columna y fundamento de la verdad" (1 Timoteo 3:15). Por lo tanto, la verdad no debe ser descuidada o comprometida. Debemos amar la verdad (2 Tesalonicenses 2:10). Entonces, ¿cómo se va a presentar? Cuando Pablo dice: "hablar la verdad en amor" (Efesios 4:15), no está sugiriendo una enseñanza diluida, ofensiva para nadie. El versículo podría traducirse, "Sosteniendo la verdad en amor" (JND). La práctica misma de la verdad debe expresarse en amor. El maestro debe preguntarse: ¿Cuál es mi motivo? ¿Es amor por los que le precedieron? Pablo podría decir: "Porque de mucha aflicción y angustia de corazón os escribí con muchas lágrimas; no para que os entristezcáis, sino para que conozcáis el amor que os tengo más abundantemente" (2 Corintios 2:4). Timoteo fue advertido del día "cuando no soportarán la sana doctrina; pero según sus propias concupiscencias se amontonarán para sí mismos maestros, teniendo picazón en los oídos" (2 Timoteo 4:3). Este es el patrón que hemos visto a lo largo de la historia; maestros capaces de establecer congregaciones a su alrededor.

Si bien puede sonar contradictorio, no estamos llamados a mantener la unidad del cuerpo, sino que debemos mantener: "la unidad del Espíritu en el vínculo unificador de la paz" (Efesios 4: 3 JnD). El cuerpo es uno, y, para el caso, el Espíritu Santo que une a cada miembro en el cuerpo con cada otro miembro también es uno. Sin embargo, se requiere una diligencia para el mantenimiento de la unidad del Espíritu en esta tierra. Los versículos que preceden nos dan el espíritu con el que esto debe hacerse: "Andad dignos de la vocación con que sois llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportando los unos a los otros en amor;

Esforzándose por mantener la unidad del Espíritu…" (Efesios 4:12). Al hacerlo, expresamos lo que sigue: esos lazos de unidad que Dios ha establecido: "Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, …" (Efesios 4:4).

Dios no eligió establecer un diputado sobre Su iglesia (como con el Papa), ni propuso una jerarquía de obispos; Dios no nos dijo que estableciéramos un consejo de ancianos, o una junta gobernada por una constitución para mantener la unidad dentro de la iglesia. En cambio, puso al Espíritu Santo en el corazón de cada creyente. Si somos obedientes a la Palabra de Dios, y si nos sometemos a la dirección del Espíritu y caminamos de acuerdo con el Espíritu de gracia, expresaremos una unidad que es obra de Dios y no de los hombres. En el libro de Esdras, leemos: "Cuando llegó el séptimo mes, y los hijos de Israel estaban en las ciudades, el pueblo se reunió como un solo hombre en Jerusalén" (Esdras 1:3). Se requería que un israelita se presentara tres veces al año en el templo de Jerusalén (Deuteronomio 16:16), en el lugar donde Jehová había puesto Su nombre (Deuteronomio 16:6). La Fiesta de los Tabernáculos fue una de esas ocasiones. En obediencia a la Palabra de Dios, este remanente fiel se encontró como "un hombre" en Jerusalén. ¿Se las ingeniaron para hacer esto? No, fue el resultado de la simple obediencia a la Palabra de Dios. Fue, en muchos aspectos, un espectáculo lamentable. No había templo, solo ruinas con el altar restablecido sobre su base. Sólo un pequeño porcentaje de todo Israel estaba en Jerusalén ese día. ¿Eso le quitó la expresión de unidad? No, no en lo más mínimo. Es cierto que fue testimonio de la ruina; Pero también fue una expresión de la unidad de esa nación. Cuando el templo fue rededicado, ofrecieron "como ofrenda por el pecado por todo Israel, doce machos cabríos, según el número de las tribus de Israel" (Esdras 6:17). Todo Israel estaba a la vista, a pesar de la representación limitada. No podemos reunirnos hoy como la única asamblea, porque muchos cristianos están fuera, pero debemos reunirnos sobre el principio de esa unidad.

En algunos aspectos, esto suena sencillo. ¿Por qué entonces vemos numerosas empresas independientes hoy en día? En parte, es el resultado de siglos de confusión y enseñanza defectuosa con respecto a la iglesia. Tenemos una contraparte, creo, en el Antiguo Testamento. Con muchos de los reyes de Judá, reyes que verdaderamente deseaban hacer lo que era justo a los ojos de Jehová, leemos: "Los lugares altos no fueron quitados; porque el pueblo ofrecía y quemaba incienso en los lugares altos" (1 Reyes 22:43; 2 Reyes 12:3; 2 Reyes 14:4, etc.). Estos eran reyes fieles que procuraban andar de acuerdo con el mandamiento del Señor, pero quedaba una multiplicidad de altares, altares, que pueden haber tenido una larga historia. Los paganos "sirvieron a sus dioses, sobre las altas montañas, y sobre las colinas, y debajo de todo árbol verde" (Deuteronomio 12:2), pero Israel no debía hacerlo. "No lo haréis al Señor vuestro Dios. Pero al lugar que el Señor vuestro Dios escoja de entre todas vuestras tribus para poner allí su nombre, aun a su morada buscaréis, y allí vendréis" (Deuteronomio 12:45). Aunque ya no hay un edificio físico, los principios de Dios no han cambiado. No nos corresponde a nosotros establecer la adoración en el lugar de nuestra elección. En los días de Acaz (un rey malvado) las cosas empeoraron mucho: "Acaz … cerró las puertas de la casa del Señor, y le hizo altares en todos los rincones de Jerusalén" (2 Crón. 28:24). Esto es paralelo a lo que encontramos hoy: en cada esquina hay un lugar de culto. Es tan común que se acepta como normal. Parece como si cada hombre (o mujer) con un ministerio creara una comunión alrededor de su ministerio, lo mismo que Pablo condena en los primeros cuatro capítulos de su primera epístola a los Corintios.

En estos días de Laodicea, no se trata tanto de abandonar las organizaciones eclesiásticas, sino de abandonar los innumerables organismos independientes que han surgido por todas partes. Toda división debe ser juzgada por el mal que es, y debe ser reconocida como tal y no como un mero inconveniente. En algunos aspectos, los cuerpos eclesiásticos más antiguos se establecieron sobre una base teológica más sólida que las iglesias independientes que vemos hoy. No hace muchos años, la expresión "Iglesia" significaba un cuerpo eclesiástico, como la Iglesia de Roma, la Iglesia de Inglaterra o la Iglesia Presbiteriana. Si yo era miembro de una de estas iglesias, entonces asistía a la iglesia parroquial local, siendo representativa del cuerpo más grande. Esto se llama el principio católico. La palabra

católico significa universal, derivando, como lo hace, de una palabra griega que significa acorde al todo. Un sistema opuesto se basa en el principio congregacional. Con ella, cada congregación es un cuerpo independiente. Esto, por su propia definición, es una negación en la práctica del carácter universal del cuerpo único. La unidad del cuerpo debe expresarse, no sólo dentro de la asamblea local (porque entonces no sería más que una unidad local), sino también entre asambleas. Cuando Corinto apartó a la persona malvada de la asamblea, fue universal y no local, ese individuo ahora no tenía (1 Corintios 5:1213). Para otra asamblea rechazar el paso dado por Corinto habría sido una negación de la unidad del Espíritu. ¿Cómo podría el Espíritu de Dios reunir a alguien que había sido desechado como inicuo por otra asamblea? Si esto hubiera sucedido, la división, y no la paz, habría resultado, tal como hemos visto tantas veces a lo largo de los siglos de historia de la iglesia. Esta es la misma independencia que Adán buscó desde el principio: juzgaría por sí mismo. Y es esta misma independencia la que alejó al hombre de Dios en el Jardín del Edén. La independencia no se acumula, se dispersa. Lamentablemente, las iglesias independientes con una recepción abierta son vistas como una respuesta a la unidad del cuerpo. No importa que este estado de cosas, numerosos cuerpos independientes, se haya producido debido a un completo fracaso en la iglesia. Si las divisiones internas dentro de la asamblea fueron denunciadas por el apóstol Pablo, cuánto más las divisiones externas. “Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos habléis lo mismo, y que no haya divisiones entre vosotros; sino que estéis perfectamente unidos en el mismo sentir y en el mismo juicio” (1 Corintios 1:10). Una recepción abierta no elimina la división; más bien, es un reconocimiento tácito de la división.

El mundo moderno celebra la diversidad. Tal vez algunos dirán que una diversidad de iglesias en la cristiandad es algo bueno. Se puede hacer un llamamiento a: “Ahora hay diversidad de dones, pero el mismo Espíritu. Y hay diferencias de administraciones, pero el mismo Señor. Y hay diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios el que obra todo en todos” (1 Corintios 12:46). “Porque el cuerpo no es un miembro, sino muchos. Si el pie dijera: Porque no soy la mano, no soy del cuerpo; ¿No es, por lo tanto, del cuerpo?” (1 Corintios 12:1415). Los miembros que componen el cuerpo son individuos, no asambleas. “A cada uno se le da la manifestación del Espíritu con fines de lucro. Porque a uno, por el Espíritu, se le da la palabra de sabiduría; y a otro la palabra de conocimiento, según el mismo Espíritu” (1 Corintios 12:7). En el Nuevo Testamento, una asamblea consistía en los creyentes en ese lugar; eran el cuerpo de Cristo en ese pueblo o ciudad. “Ahora sois el cuerpo de Cristo, y los miembros en particular” (1 Corintios 12:27 JND). Nunca leemos de iglesias dispares en una localidad. Pablo dirigió su epístola a “la iglesia de Dios que está en Corinto” (1 Corintios 1:2), no había ambigüedad en esto. Los santos en Jerusalén pueden haber partido el pan en sus hogares (Hechos 2:46), pero todavía había una iglesia en Jerusalén (Hechos 15:4). Que haya reuniones independientes en una ciudad, como encontramos hoy con la proliferación de las llamadas iglesias, es contrario a cualquier cosa que encontremos en la Palabra de Dios. Cristo es el centro de la reunión (Mateo 18:20). El Espíritu de Dios se reúne con Cristo, y sólo con Cristo, y nunca en división. “El que no se reúne conmigo se dispersa” (Lucas 11:23). Al hombre, sin embargo, le gusta convertirse en el centro de reunión. “Maestro, vimos a alguien echando fuera demonios en tu nombre, y le perdonamos, porque no nos sigue” (Lucas 9:49). Uno escucha la expresión plantar iglesias. No plantamos iglesias. Plantamos la buena semilla por medio del evangelio, y donde las almas son salvas, y son recogidas por el Espíritu de Dios para el nombre del Señor Jesucristo, allí tenemos una asamblea.

De las siete iglesias en Apocalipsis, una responde a un remanente fiel, aunque débil, que camina en medio de la ruina de los últimos días de la historia de la iglesia: Filadelfia. “Conozco tus obras: he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, y nadie puede cerrarla, porque tienes un poco de fuerza, y has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre. He aquí, los haré de la sinagoga de Satanás, que dicen que son judíos, y no lo son, sino que mienten; he aquí, haré que vengan y adoren delante de tus pies, y sepan que te he amado” (Apocalipsis 3:89). Filadelfia continúa hasta el rapto. “Porque has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré fuera de la hora de la prueba, que está a punto de venir sobre

todo el mundo habitable, para probar a los que moran en la tierra” (Apocalipsis 3:10 JND). Mientras que Tiatira es representativa de una organización particular, y Sardis abarca la progenie de la reforma, Filadelfia y Laodicea no corresponden a los sistemas eclesiásticos, sino que representan condiciones morales y espirituales. Aunque el carácter general del presente testimonio cristiano es laodicense, no estamos obligados a identificarnos con él. Si realmente deseamos guardar Su Palabra y no negar Su nombre, si nuestro deseo es permanecer perfectos y completos en toda la voluntad de Dios (Colosenses 4:12), entonces la sumisión a la enseñanza de las Escrituras y la guía del Espíritu Santo nos llevará a esta compañía. “Si alguno desea practicar Su voluntad, sabrá acerca de la doctrina, si es de Dios, o que hablo desde Mí mismo. El que habla de sí mismo busca su propia gloria; pero el que busca su gloria que lo envió, lo mismo es verdad, y no hay injusticia en él” (Juan 7:1718). Como una compañía que guarda Su Palabra y posee Su nombre, Filadelfia es una expresión, aunque débil, de la verdadera asamblea de Dios con Cristo como su cabeza. Tal testimonio no se promueve a sí mismo: no hay ningún letrero sobre la puerta que diga Filadelfia. Cualquier cosa que pueda redundar en la gloria de Dios será similar a lo que ocurrió con Moisés: “Moisés no sabía que la piel de su rostro brillaba al hablar con él” (Éxodo 34:29). Filadelfia era odiada por el movimiento religioso de la época. Del mismo modo, Nehemías fue despreciado por sus esfuerzos: “¿Se sacrificarán? ¿Terminarán en un día? ¿Revivirán las piedras de los montones de basura que se queman? ... Escucha, oh Dios nuestro; porque somos despreciados” (Neh. 4:2, 4). Debemos reconocer que el avivamiento solo puede venir a través de la gracia de Dios, Él actuando de acuerdo con Su bondad divina para capacitar a los santos. Esdras reconoce esto en su oración de confesión: “Y ahora, por un poco de espacio, el Señor nuestro Dios ha mostrado gracia para dejarnos un remanente del que escapar, y para darnos un clavo en su lugar santo, para que nuestro Dios ilumine nuestros ojos, y nos dé un poco de avivamiento en nuestra esclavitud” (Esdras 9:8).

Conclusión

Aunque he extraído lecciones de Esdras y Nehemías, debemos confesar que el tiempo que realmente le corresponde —cuando, hace unos 200 años, unos pocos fieles se reunieron por primera vez en obediencia a la Palabra de Dios— ha llegado y se ha ido. El tiempo en el que vivimos ahora es paralelo a los días de Malaquías y el que siguió. ¿Y cuál era la situación unos cuatrocientos años después del cierre del Antiguo Testamento, cuando el Señor Jesús nació en este mundo? Aunque los líderes religiosos no lo reconocieron, hubo unos pocos fieles que vivieron con la expectativa diaria de su venida: Zacarías, Isabel, José, María, Simeón, Ana, junto con aquellos que esperaban la redención en Jerusalén (Lucas 12). Estos sirvieron a Jehová (Lucas 1:5) y caminaron de acuerdo con la Palabra de Dios (Lucas 2:2324, etc.). Esperaban la promesa de Su venida, todo el tiempo sujetos a Su juicio sobre esa nación. El Arca de la Alianza había desaparecido hacía mucho tiempo, y la gloria de Dios se había apartado del templo (Eze. 11:22-23), sin embargo, Israel todavía era responsable de su comportamiento en lo que se identificó como la Casa de Dios (Hag. 2:9; Juan 2:16). Estos fieles se identificaron con el testimonio de Jehová en Jerusalén, y se les pudo encontrar allí a pesar del fracaso. Jesús se identificó con este remanente fiel al someterse al bautismo de Juan. Por el contrario, “los fariseos y los abogados rechazaron el consejo de Dios contra sí mismos, no siendo bautizados por él” (Lucas 7:30). Nosotros, del mismo modo, tenemos una opción: podemos rechazar el consejo de Dios con respecto a la iglesia, o podemos continuar en la fe, caminando en obediencia a la Palabra de Dios en medio de la ruina. Nunca debemos imaginar, sin embargo, que el poder es de nosotros. Verdaderamente, “tenemos este tesoro en vasijas de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros” (2 Corintios 4:7). Al igual que los de Jerusalén, nosotros también esperamos la venida de Jesús. No ahora a este mundo, sino por Sus santos (1 Tes. 4:16\u001e17); es el rapto y la redención del cuerpo lo que ahora es nuestra bendita esperanza (Romanos 8:23; Tito 2:13).

Volver arriba

Notas

J. N. Darby, La ruina pública de la Iglesia, Escritos recopilados, Miscelánea 1
E. H. Broadbent, La Iglesia Peregrina, cap. 17
J. N. Darby, Observaciones sobre las siete iglesias, Escritos recopilados, Profético 2
J. N. Darby, Sinopsis de los Libros de la Biblia, Números 22-25
Ignacio de Antioquía, Epístola a los Esmirnos
Clemente de Roma, Primera Epístola a los Corintios, Lightfoot trans.
J. N. Darby, Separación del mal—El principio de unidad de Dios
J. N. Darby, La gracia, el poder de la unidad y de la reunión